

fabulosas relativas á cada divinidad; 2ª manifestar el espíritu de las ceremonias y fiestas religiosas, sin contradecir la explicación de los mitos, ni la de las leyendas; 3ª hallarse acorde con lo que la antigüedad nos ha dejado ver respecto de los misterios, de modo que todo vaya de acuerdo con las leyendas, las fiestas públicas y el culto secreto, y que todas las explicaciones emanen de un solo hecho, que es la esencia del Dios real.

Otra observación debe hacerse, y es que entre los Griegos no existían dos religiones, sino una sola. Júpiter Olímpico reinaba sobre toda la Helade: todos los Griegos desde las extremidades del país venían á Élida á adorarlo; todos también reconocían á Apolo en Délos, en Délfos y en otras partes. Los dioses formaban entre sí una sola familia; todos descendían de un mismo progenitor; padres, madres, hermanos é hijos, amantes entre sí, eran todos por consecuencia de homogénea naturaleza. Todo sincretismo, toda amalgama de sistemas diferente de explicación, es, pues, falso en su fondo, porque admite elementos necesariamente contradictorios, esto es, muchas religiones.

Pretender que el culto secreto era contrario al público, que los númenes eran hombres ó sustancias elementales en las fábulas, genios ó puras inteligencias en los misterios ó vice versa, es suponer un imposible. Por el contrario, vemos en acción las fábulas más vulgares, en las fiestas religiosas, en los monumentos y en los misterios. Además el sentido de los enigmas era revelado á los iniciados y este era el complemento de la instrucción religiosa; en fin, un solo hecho debe explicarlo todo. Si, por ejemplo, *Apolo es el sol*, esta palabra debe resolver todos los enigmas relativos á Apolo; si *Juno es el aire*, esta idea debe explicar todos los enigmas relativos á Juno, las leyendas, en las fiestas públicas, en el culto secreto.

Los enigmas muchas veces son múltiples y una sola ley comprende á muchos. Si admitimos, v. gr. que el sol se contaba en el número de los dioses reales y que Apolo era uno de los dioses ficticios que representaban aquel astro, será preciso demostrar cómo este sol ficticio pudo ser, según el lenguaje mítico, hijo de Júpiter y Latona, hermano de Diana, criado por Témis, y bajo qué aspectos le convinieron los diferentes símbolos arco, flecha, lira, cuervo y ratón. Si la palabra es exacta, lo aclarará todo.

Basta lo dicho para demostrar que los dioses no son fetiches, ni hombres, ni genios, ni atributos de una inteligencia pura, ni cosa que á esto se parezca; porque divinidades de tal género no serían propias para explicar las leyendas, las fiestas y los misterios.

Los que los suponen fetiches rechazan las alegorías de que tanto hemos hablado, y no explican, por ejemplo, cómo la piedra piramidal venerada en Páfos, ó el leño venerado en Téspis pudieran haber sido adorados también

en otras partes, si no hubiesen representado una idea, una divinidad. Lo mismo decimos respecto del culto de los animales en muchas ciudades griegas.

Benjamin Constant, adoptando la idea del culto de los fetiches, la presentó con notable novedad. « Los Griegos pasaron sucesivamente del culto primitivo de los elementos y de los astros al de los fetiches, y de este á un culto de dioses nacionales; pero el fetichismo estuvo siempre como si dijéramos en acecho, para introducirse en la religión. » Si preguntamos qué fetiches eran esos á cuyo culto tanto se inclinaron los Griegos, el autor citado nos dice: « Las Griegas, lo mismo que los salvajes de todas las épocas, debieron de suponer que las diferentes partes de la naturaleza estaban animadas por el espíritu divino, y lo adoraron en los animales, en las piedras, en los árboles y en las montañas (1). » Lo que equivale á decir que el espíritu divino era Dios, y esto no era ya fetichismo, sino adoración del alma del mundo.

¿Los dioses eran hombres?

En este caso sucedería, como en el de los fetiches, que no se hubiera echado mano de alegorías ó enigmas, y las fábulas serían relatos históricos, cuando más, exagerados. Esta suposición tiene por otra parte el inconveniente de chocar con la cronología y con la misma mitología.

¿En qué tiempo floreció la familia de los Titanes que en tantos países ha reinado? Los eveemeristas modernos encuentran que Júpiter es seis distintos dioses, de los cuales el más antiguo sedujo á Niobe, hija de Foroneo, rey de Argos, y el más moderno á Alcmana, mujer de Anfitrion (2). Sea cual fuere la cronología que se adopte, siempre se hallará un espacio de más de quinientos años entre estas dos épocas. En tiempo de Foroneo era bárbara la Grecia, que no podía tener un rey que dominase á medio mundo. En tiempo de Anfitrion, es decir, poco antes de la guerra de Troya, no hay época conocida en que pueda suponerse la existencia de dicho Júpiter. Los príncipes que sitiaban á Troya se decían descendientes de Júpiter por ocho, nueve, ó diez generaciones; lo cual hace subir el reinado de Júpiter al año 1570 ó al 1484. En el primer caso, sería cuando Cecrope instituyó el culto de Júpiter en Ática; en el segundo, sería posterior al culto de Baco, que justamente era hijo de Júpiter.

Los que suponen que reinó en Creta en tiempo de Minos (1550 años á. de J. C.), no tienen presente que aquella isla, entonces completamente bárbara, estaba dividida entre Cretenses indígenas, Aqueos, Dorios y Pelasgos, que vivían en continuas guerras; que los sacrificios humanos no estaban aun abolidos, y que por consiguiente no podía ser un imperio cuyo monarca

(1) De la religión, etc., t. II, p. 324.

(2) BANIER, La mitología explicada, t. II, p. 14.

difundiese sus beneficios por todo el universo.

El Olimpo, compuesto de patriarcas, es todavía más inverosímil, y los que sostienen esta opinión se refutan unos á otros.

Y á tomar las fábulas por hechos reales y positivos ¡cuánta y cuánta inverosimilitud! ¿Cómo justificar tantos acontecimientos imposibles, milagrosos, sobrenaturales? ¿Tantas instituciones, fiestas, templos, sacrificios, oráculos, himnos y monumentos de todo género para celebrar á salteadores, mujeres perdidas y bastardos! Un descendiente de Cadmo, hijo de un amor furtivo, muere á la edad de siete meses, y Europa y Asia se llenan de templos y de altares consagrados á eternizar su memoria. Roba á una de sus sobrinas un rey de los Molosos y se casa con ella: y porque la madre de esta ande buscando al desconocido raptor, ¿habrá motivo para que Sicilia, Grecia é Italia honren á la madre como primera legisladora, levanten templos, establezcan misterios y lloren por espacio de 2,500 años la desventura de la joven bien casada y la de su madre, que tardó poco en encontrarla?

Hay que hacer, sin embargo, una concesión al eveemerismo. Parece cierto que en el siglo XIV antes de J. C. floreció un príncipe tebano llamado Alceo, famoso por sus empresas militares, y que tuvo acaso por camaradas á dos guerreros gemelos, Cástor y Pólux, hijos de Tindaro, rey de los Lacedemonios. Los cantores de la época asimilaron el primero á Hércules, dios Sol, que en los doce meses del año vence á los animales ficticios de las constelaciones del zodiaco, y á Cástor y á Pólux á los Dioscuros, antiguos dioses soles gemelos, que reinaban alternativamente en los cielos, uno en invierno y otro en verano. Después, según parece, la opinión popular confundió á estos príncipes con los dioses verdaderos, y así fueron también adorados, aunque sin deificarlos ni hacerles apoteosis.

Entre los acontecimientos del culto los hubo también que fueron referidos bajo formas mitológicas; como el establecimiento del culto de Ammon en Líctos, de donde tomó origen la fábula de la traslación del niño Júpiter á Creta. Algunos héroes fueron venerados después de su muerte, uso sancionado por Dracon, que lo consideraba de utilidad pública.

Hubo también hechos históricos que se vistieron de las formas externas de la religión; y esto es todo cuanto se puede conceder al eveemerismo.

¿Los dioses eran genios?

La palabra *demonio* solo era en su origen una calificación que significaba un ser visible ó invisible, considerado como inteligentísimo y potentísimo. El alma del mundo que en la teología egipcia reunía en sumo grado la inteligencia, la potencia y la bondad, llevaba el nombre de *buen demonio*. Los Griegos no adoraban aisladamente el alma del mundo, sino que tributaban religiosos homenajes á las par-

tes del universo, y atribuyeron á cada una de estas respectivamente una fracción de dicha alma divina, por lo cual la llamaban demonio.

El alma humana fué también llamada así, por ser emanación de la sustancia etérea y tuvo su culto y su mitología. Pero como su sustancia era menos pura que la del alma de los dioses, y no alcanzaba el pleno goce de su etérea, naturaleza sino cuando estaba separada del cuerpo, no fué llamada demonio sino cuando se hallaba en este estado. Los demonios que poblaban los aires eran almas errantes.

Parece que antes de Sócrates no hubo Griego alguno que supusiera la existencia de entes de naturaleza intermedia entre los dioses y los hombres, y fuera del vulgo, tal vez á nadie se le ocurrió el llamarles demonios. Platon que, para no incurrir en el castigo que sufrió su maestro, enseñó esta creencia en concepto de simple conjetura filosófica, preparó una gran revolución en las escuelas de los filósofos, pero no tuvo la menor influencia en la religión.

Los Romanos tradujeron la palabra *demonio* por *genio*, que significó el espíritu del hombre ó de todas las partes del universo; cada país tuvo un *genius loci*, y se dijo genio del pueblo, del Senado, de tal ó cual familia, hasta genio del reino: manera de personificar un objeto y de indicar su carácter; pero manera de personificar de la que se abusó hasta el punto de suponer que cada divinidad tenía un genio que la acompañaba.

El genio (alma) estaba representado por una serpiente, uso importado del Egipto. Cebes, discípulo de Sócrates, le dió forma humana, novedad que encontró imitadores, como se ve en muchos monumentos griegos, donde se le encuentra, además, montado en un carro tirado por serpientes, que suelen ser siempre dos (1).

Los genios á quienes honraba la religión no tenían, pues; nada que ver con los platónicos. ¿Y á cuánto absurdo no nos conducirían los mitos, si diésemos en creer en un genio, vestido de mujer, cuya nodriza fué una comadreja y á quien sus hermanos despedazaron, ó en otra cosa semejante?

Los dioses griegos ¿eran atributos de una inteligencia pura?

Para esto sería necesario suponer que los Griegos hubiesen reconocido un Dios supremo, en cuyo caso el dios Júpiter no hubiera sido más que la expresión de uno de los atributos de la verdadera divinidad. Pero esta suposición no han podido presentarla con viso de verosimilitud ni aun los más grandes eruditos.

Según los neo-platónicos, además del espíritu demiúrgico ó del criador, que se manifestaba bajo las formas de Ammon, Fta y Osiris, existían dos inteligencias superiores á él. La más elevada era el Dios supremo, uno, indivisible, increado, inalterable, único padre de los seres, el único bueno por su propia virtud. La

(1) ZOSCA, Num. egypt., p. 15, n.º 443.

segunda inteligencia era el dios de los dioses, la unidad producto de la unidad, la primera esencia, fuente y padre de toda esencia y propiedad; era el mismo dios Cnef. Por otra parte, é inferior al espíritu demiúrgico, se hallaba el mundo invisible, creado por este, y la innumerable multitud de las inteligencias subalternas, creadas también por el mismo, encargadas de dirigir los seres organizados y colocadas por él como mensajeros y mediadores entre el hombre y las inteligencias supremas. Cada uno de los grandes cuerpos organizados gozaba (por influjo del espíritu director) de cierta fuerza y potencia, por medio de la cual contribuía eficazmente á las operaciones de la naturaleza. Por ejemplo, ni el sol era un dios real, ni estaba representado por Apolo; la potencia del sol era, sí, un dios real y estaba personificada en Apolo.

Gracias á estas formas metafísicas, los neoplatónicos y los gnósticos de varias sectas creyeron que podían decir á los Cristianos: « Nosotros adoramos inteligencias puras lo mismo que vosotros; como vosotros también, reconocemos espíritus y ángeles, no tributamos culto á la materia, sino al poder de los espíritus ejercido en el seno de la materia. »

Pero la falsedad de semejante doctrina en lo concerniente á las religiones egipcia y griega está demostrada por el origen de que procede, bastando citar, para dejarla comprobada, los testimonios de Porfirio, Jamblico, Asclepio y el pretendido Hérmes. Los sacerdotes egipcios la desmintieron en la carta del pontífice Chermónes, á la que Jamblico solo opuso la autoridad de los libros herméticos y de los griegos mas instruidos de que nos dan noticia los Santos Padres. Dejando aparte el enorme trabajo con que aquellos tratan de explicar sus fábulas, ¿cómo creer que en la infancia de la sociedad, unos pueblos semibárbaros se engolfasen en la mas profunda metafísica y adorasen la potencia del sol y no el sol mismo? Semejante distinción era superior á sus costumbres y capacidad.

No se puede por lo tanto indicar siquiera la idea de que los dioses fuesen parte de un Dios Todo. Un Dios Todo, siendo único, continuo en todas sus partes, y obrando conforme á un solo pensamiento y á una sola voluntad, excluye cualquiera otro ser verdaderamente aislado y libre, y por consiguiente, no son posibles con él las jerarquías ni las divinidades diferentes entre sí. El politeísmo y el verdadero panteísmo se excluyen, como este excluye toda moral y toda religión.

Vamos, pues, á ideas mas sencillas y justas.

Bases de la religión. — Distinción entre los dioses reales y los simbólicos. — Dioses reales. Su esencia. — Antigüedad y perennidad de su culto.

« Los Griegos de los primeros tiempos (dice Platon) no reconocen mas dioses que el sol, la

luna, la tierra, los astros y el cielo, como la mayor parte de los Bárbaros de hoy día. Maravillados de la regularidad de los movimientos de los astros, los llamaron *theoi*, es decir, corrientes. Herodoto lo confirma diciendo que los Pelasgos no daban nombre ni sobrenombre alguno á los dioses. » Llamábanles dioses en general, atendiendo al orden de las diferentes partes que constituyen el universo y al modo con que las tienen distribuidas. Los nombres de los dioses no los conocieron hasta muy tarde, cuando les fueron importados del Egipto. Poco despues fueron á consultar al oráculo de Dodona acerca de dichos nombres, el cual les contestó que podían aceptarlos (1).

Aquí conviene distinguir entre la naturaleza de los dioses y sus nombres. Respecto de su naturaleza, Platon y Herodoto dicen claramente que eran el cielo, la tierra, y los astros; pero los Griegos no consultaron al oráculo acerca de si debían adoptar los dioses importados del Egipto, sino si debían darles nombres desconocidos. Resulta, pues, que sus dioses eran los mismos que los del Egipto, los cuales sabemos ya que eran las sustancias elementales y los cuerpos celestes.

Respecto de los nombres, es imposible que no los tuviesen el sol, la tierra y el cielo. Parece, pues, que lo que quieren decir es que tenían nombres considerados como astros y elementos, pero que no los tenían místicos y simbólicos, como seres inteligentes. Su vacilación en admitir los nombres solo puede referirse á los simbólicos, cuya adopción tenía que dar una forma desusada al culto.

El oráculo los aprobó, porque también él era de origen egipcio y los Griegos no por esto abandonaron sus dioses reales: no hicieron mas que añadir las funciones de un culto simbólico á su antiguo culto directo.

Sería difícil y de poca importancia el averiguar cuándo sucedió esto.

La religión griega, pues, en su origen y en su sencillez veneraba las grandes fuerzas naturales. Pero aun á aquellos groseros adoradores debieron de ocurrirse ciertos problemas. ¿El mundo es eterno? ¿tuvo principio? ¿existe una causa primera que lo haya dispuesto y ordenado? Desde muy antiguo el Egipto había resuelto por sí mismo estos problemas, fundamento de toda religión; había admitido la eternidad de la materia, y reconocido un Dios creador, ó mas bien ordenador del mundo. La Grecia, ya fuese por imitación, ya por propio criterio, adoptó estos dogmas mucho antes de la época á que alcanzan las tradiciones. Al principio existía el caos, de donde salió un ser superior á todos, fuego etéreo, aire sutil, éter, espíritu ó como quiera que se llame. Este ser, ó mejor este Dios supremo, es el principio del movimiento universal, la soberana sabiduría; él creó el mundo; su pensamiento lo ordenó

(1) L. II. cap. 32.

todo. El fuego, el aire, el agua, la tierra, el sol y los astros son dioses, y son sin embargo criaturas: son dioses mortales, pues que tuvieron un principio; solo el dios éter, su pensamiento que es parte suya, y la materia de cuyo seno brotó, gozan de verdadera inmortalidad. Por esto los Griegos cuentan cuatro elementos subalternos y uno rey; por esto tienen divinidades de dos clases, inmortales unas y perecederas otras. Todos los dioses creados, subordinados al supremo Dios, le adoran, le obedecen, y á su voz tiemblan y se humillan. El día en que quiera disolver las agregaciones por él formadas, serán aniquilados hombres, animales y dioses mortales: todo dejará de ser, excepto Dios, y la materia volverá á ser el caos.

Los sucesos posteriores nos prueban la realidad de esta antigua doctrina. La distinción entre el éter y los demas elementos subsistió invariable en la opinión general. « Aun hoy día (dice San Agustín) sostiene con todo empeño que el éter y el aire son dos sustancias diferentes (1).

Segun la misma doctrina, el Dios éter difundió por toda la naturaleza una parte de su propia sustancia para formar el alma. Esta alma universal se había dividido en otras tantas almas particulares cuantos eran los individuos que existían. En todos los seres creados estaba mezclada con particulas terrestres, y era mas dura en los dioses que en los hombres.

El alma humana, inteligente, libre é inmortal, asociada á órganos mas delicados que los de todos los demas animales, tenía en compensación mas extensos deberes que llenar: el Criador la había sometido á mas severas leyes. Al separarse del cuerpo era juzgada y recibía castigo ó recompensa, segun sus obras, hasta que limpia de toda mancha pasaba á gozar de un bien infinito junto al Dios supremo.

Este era el fondo primitivo de la religión griega, que llegó á ser objeto de tantas personificaciones, enigmas y símbolos. No es dudosa la antigüedad de estas creencias, puesto que se encuentran en la doctrina de la Samotracia, mucho mas antigua que la institución de los misterios de Eléusis, y es claro también que el antiguo Urano fué en épocas remotas una representación del dios Éter, esposo de la materia, es decir, creador del universo.

Esta antigua adoración del éter, de la materia organizada, de los elementos y de los astros no acabó al establecerse el culto simbólico que le sirvió de velo: siguió constituyendo la esencia de la religión nacional. El establecimiento del culto simbólico no le hizo experimentar cambio alguno en el fondo. En nada se ha parado ménos la atención, y sin embargo, no hay para mí cosa mas patente que la simultaneidad y la perpetuidad de estos dos cultos, de los cuales el uno rendía homenajes directos á

(1) De civ. Dei, IV, 10.

los dioses reales, y el otro homenajes simbólicos á dioses ficticios, representación de los primeros. Estos dos cultos los vemos existir desde la época de Urano, los encontramos en vigor en los siglos IV y V de la Iglesia, y la religión no varió ni en sus creencias ni en sus formas exteriores.

Cuando Cecrope llegó á Ática y concibió el proyecto de reformar el culto simbólico, en donde había penetrado gran confusión por haberse introducido en él muchas divinidades extranjeras, empezó ofreciendo un sacrificio á la Tierra y á Saturno, antiguas divinidades del país (1). El mismo Júpiter, segun las fábulas, cuando iba á dar la batalla contra los Titanes, ofreció sacrificios al Cielo, á la Tierra y al Sol (2); tradiciones que demuestran que en tiempo de Cecrope el culto directo de aquellos se conservaba en el Ática á pesar de la competencia del culto simbólico, del cual se halla un ejemplo en la adoración de Saturno ó Crónos. Vemos, por otra parte, que la religión personal de Cecrope era la misma que la de los habitantes del país, y especialmente se nota que no quería variar nada de su esencia, pues que fingió que su nuevo dios Zeus ó Júpiter, que debía destronar á Saturno, ofrecía sacrificios al Cielo, al Sol y á la Tierra.

El hecho es que sea cual fuere la época queelijamos para recorrer la Grecia, todos los dioses reales tienen en ella templos, sacerdotes, altares, himnos y sacrificios, y al mismo tiempo los tienen también todos los dioses simbólicos representantes de aquellos.

Tenemos mil pruebas que nos dan testimonio del culto tributado al fuego etéreo ó Éter; así del directo al dios real Éter, como del simbólico á Urano y á Júpiter. Onomacrito, que al parecer reprodujo en distinta forma los nuevos cánticos del antiguo Orfeo, canta al Éter: « Oh tú que ejerces infinito poder en las altas moradas de Júpiter, parte (alma) de los astros, del sol, de la luna; tú que todo lo dominas; fuego respirable, fuego vital, luz superior, Éter, principal elemento del mundo, germen espléndido; fuego refulgente de los astros, yo te invoco por tu nombre, únete á mi ser, muéstrateme siempre sereno (3). » Esquilo pone en boca de Prometeo las siguientes palabras: « Éter divino; Tierra, madre de todos los seres; Sol, cuyas miradas abarcan la naturaleza; ¡mirad el trato que de los dioses recibe un Dios! Oh augusta madre mia, y tú, divino Éter, concentración de la luz comun, mirad qué injustos tormentos se me hacen sufrir (4). » — Eurípides dice: « ¿ Ves este inmenso y brillante Éter que con sus brazos ciñe la tierra? Es Zeus; reconoce y adora á tu Dios (5). — Y en

(1) MACROB., Saturn., V, 10.

(2) DIOD. SIC., V, 71.

(3) ORF., Hymn., IV.

(4) PROMETH., vs. 83, 1090.

(5) FRAGM. INCERT. TRAG., v. 1, 2, 3.

otra parte (1): « En las noches solemnes de Eléusis el Éter resplandeciente conduce el coro de los astros. — Oh tú, Éter, divinidad siempre tranquila, conserva el hábito de los versos, » dice Aristófanes (2). « Mira este fuego etéreo (*sublime candens*), que todos los pueblos adoran y al que llaman Júpiter, » dice Ennio (3). « Si les pregunto, dice San Gregorio Nacianceno, ¿ cuál es el Dios supremo? me responden que es el quinto elemento; pero si esta sustancia fuese causa del movimiento universal, las preguntaría también de dónde le viene á aquel el movimiento (4).

El caos ó materia primera, húmeda, no organizada, llamada también *Noche*, que existió *ab æterno* y de la cual salió el Éter, fué honrada como divinidad. Así debía ser, pues que según ellos toda la materia era divina, como lo vemos en Hesiodo, donde el Caos, el Erebo y la Noche no son mas que un ser único, si bien los distingue y los enlaza uno á otro para establecer, conforme á su costumbre, un orden de generaciones, y dar al Éter un padre y una madre (5).

También la noche primitiva ó el caos es celebrado por Onomacrito en los primeros versos del himno á la Noche, sin definirla, cuando le dice: « Te canto, oh Noche, madre de los dioses y de los hombres; Noche que engendraste todas las cosas y á quien nosotros los hombres llamamos Ciprida (6). » Esta diosa es evidentemente la materia primitiva, personificada por el Egipto en Athor; la Venus mas antigua, es decir, la primera mujer que inspiró deseos á un hombre.

El culto de esta divinidad real, que es verosímil fuese trasladado de Egipto á Grecia, se perpetuó en este país en toda su pureza hasta el último momento de la religión. Furunte hace mención de él (7), y en tiempos de Pausanias la diosa Noche tenía aun templos en Corinto y en los confines del Ática (8). Hubo además otras dos diosas llamadas Noche que tuvieron culto directo: una era la noche del año, esto es, la reunión de las noches mas próximas al solsticio de invierno, y la otra la noche de cada día. Los Egipcios consagraron un culto particular á la noche del año; residía en Buto, cerca de la isla de Chémnis donde pronunciaba sus oráculos (9); en el culto simbólico se llamaba Buto Gesta y habia sido nodriza de Horo, habiéndoselo entregado Ísis cuando lo encontró moribundo en el Nilo. La Noche escondió el niño Sol en la isla de Chémnis donde lo alimentaba con vapores y nubes, mientras que Tifon y sus compañeros (los días

(1) *Jon.*, v. 1478.
 (2) *Tesmoph.*, v. 43.
 (3) *De nat. Deorum*, lib. II, 5.
 (4) *Orat.* XXVIII.
 (5) *Theog.*, 123, 124.
 (6) *Hymn.* II, vs. 1, 2.
 (7) *De nat. Deorum*, cap. 17.
 (8) *Lib. II*, cap. 2; *lib. VIII*, cap. 6.
 (9) *HEROD.*, lib. II, cap. 83, 133, 153, 155.

cortos) le buscaban para hacerle pedazos (1).

Los Griegos, según parece, no distinguieron bien esta noche anual de la del día; únicamente se encuentra en la figura de la noche representada en el arca de Cipeslo, designada con el nombre de *Nó* ξ *Noche*. Llevaba dos niños en brazos: el sueño y la muerte (2).

La tercera diosa Noche, es decir, la de todos los días, es invocada por Eurípides cuando dice: « Noche venerable, Noche sagrada, ven... tú que vuelas mas alta que los astros en el templo del Éter (3). » Virgilio pone en boca de Eneas ruegos á la Noche y á los astros que salen y se ponen durante su curso (4). Esta diosa tenía un templo en Megara, donde pronunciaba oráculos, y una antiquísima estatua en Éfeso, que se atribuía á Reco de Sámos, el cual floreció en la primera Olimpiada.

El fuego, el aire, el agua y la tierra, considerados como gérmenes de todos los seres vivientes, recibían culto directo. Casi todas las ciudades griegas tributaban culto directo al fuego en sus prítaneos. Cierta número de viudas y de vírgenes alimentaban constantemente un fuego considerado como inextinguible y eterno; porción y emblema del fuego elemental atmosférico y terrestre. ¿ Quién ignora que en Roma se colocaba ante los nuevos esposos un brasero de carbones encendido y un vaso de agua, como homenaje á los dos elementos que reproducen y perpetúan la vida? Vesta era símbolo del fuego; pero en los prítaneos, donde el culto del fuego era directo y donde Vesta era el nombre mismo del fuego, generalmente no tenía estatuas. La divinidad era la llama (5); parte de la sustancia ígnea que representaba su conjunto.

Orfeo tributa honores al aire como divinidad real, en el himno que le dirige, si bien le da el dictado de esposa de Júpiter, cuando dice á Juno: « Tú que tienes las formas del aire; tú que concedes á los mortales los benéficos soplos que sostienen la vida; nodriza de los vientos y de las lluvias; tú que engendras todas las cosas (6). »

Generalmente, cuando los antiguos hablan de la diosa Era ó Juno, el velo mitológico del aire atmosférico con que la disfrazan es tan transparente que es imposible no reconocer este símbolo en la sustancia elemental; lo mas frecuente en ellos es dar al aire su propio nombre. « El agua, la tierra y el aire gobiernan el mundo, » dice Séneca (7).

Otra prueba no ménos patente de la divini-

(1) *PLAT.*, *De Iside et Osir.*, p. 357.
 (2) *PAUSAN.*, V, 48.
 (3) *Orétes*, 174, 178; *Fragm. Androm.*, 1-5.
 (4) *Ene.* VII, 138.
 (5) *Neu tu aliud Vestam quam vivam intellige flammam... Esse diu stultus Vestæ simulacra putavi; Mox didici curvo nulla subesse tholi; Ignis inextinctus templo celatur in illo; Effugiem nullam Vesta nec ignis habent.*
Ovid. Fast., VI, 291 y siguientes.
 (6) *Hymn.* XV.
 (7) *Ep.* 117.

dad atribuida al aire es el culto directo tributado á los vientos. Hesiodo colocó la aurora y los vientos entre los dioses reales; Orfeo cantó himnos á Bóreas, al Céfito y al Noto; los habitantes de Delfos hacían sacrificios á los vientos, que tenían altares en Titano, en Coronea y en Trapezunta (1); los habitantes de Turio y de Megalópolis ofrecían sacrificios á Bóreas (2); Augusto elevó en las Galias un templo al viento Cierzo, por la salubridad que comunica al clima (3).

También el agua tuvo culto directo. La Grecia la consideraba bajo tres aspectos: agua primitiva y agua comun, y esta según estaba líquida ó en vapor. El agua primitiva era la misma sustancia que la materia húmeda ó el caos. El agua líquida era una de las principales divinidades de Egipto y su representación era el vaso Canopo, es decir, el continente por el contenido. Este culto se extendió á otros países y particularmente á Grecia, donde, según Eusebio, fué importado por los Egipcios (4). El nombre de Océano que Homero daba á la materia húmeda del caos, designaba también el mar, y Virgilio le hace ofrecer libaciones por Cirene (5). Corinto, cuyos particulares números eran Neptuno y Anftrite, constantemente tributó culto directo al mar, al cual había consagrado una estatua de bronce en el templo de Neptuno bajo el nombre de *Thalassa*, es decir, mar; y en mitad de la base que sostenía el carro de Neptuno y Anftrite, había también un bajo relieve de *Thalassa* que contenía á su hija Anftrite (6). Varron invocaba el agua bajo el nombre de diosa *Limpha* para que prosperasen las plantaciones (7).

En Grecia y en Roma después, cuando el agua no figuraba materialmente en las ceremonias religiosas, en que recibía homenajes como una divinidad, solía estar representada por un vaso; pudiendo decirse que el vaso, cualquiera que fuese su forma, era una imagen del agua. Esto nos ayudará á comprender muchos enigmas.

La adoración de los ríos y la de las ninfas ó de los manantiales era una parte del culto general tributado al agua líquida. Sabido es que los Atenienses adoraban el Céfito, los Lacedemonios el Eurótas, los de Sicione el Asopo, y en fin, que muchos pueblos adoraron varios vientos, y los augures romanos invocaron el Tiber y otros ríos de Italia.

El agua de vapor era venerada con el nombre de *nephele*, *nube* y otros. Orfeo consagró un himno á las nubes (8).

(1) *HESIOD. Theogon.*, 378. — *ORFEO. Hymn.*, 79, 80, 81. — *HEROD.*, VIII, 41. — *PLUTAR.*, *Symp. quest.* I. — *PAUSAN.*, II, 41; IX, 31.
 (2) *PAUSAN.*, VIII, 36.
 (3) *SÉNeca*, *Q. N.*, v. 17.
 (4) *Prepar. evang.*, lib. III, cap. 6.
 (5) *Oceano libemus, ait simul ipsa precatur Oceanumque patrem rerum, nimphasque sorores.*
Georg., IV, 381.

(6) *PAUSAN.*, II, 1.
 (7) *De R. R.*, I, 4.
 (8) *Hymn.* XX

Tal vez los autores no distinguieron bien claramente los homenajes tributados á la tierra como elemento de los que recibió como globo terrestre; pero el himno de Homero á Gaya, madre y nodriza de los seres, otros muchos pasajes de sus obras y de las de Esquilo, Sófocles y Eurípides, donde se hace mención de sus infinitos nombres, de sus altares y oráculos, de los sacrificios que se le ofrecían y de los juramentos que se le hacían, atestiguan que la Grecia le tributaba culto como á una de las divinidades principales. Conviene observar que la tierra recibía adoraciones bajo tres conceptos: 1º en sus relaciones con el cielo, con el cual la suponían casada varias fábulas, y con el sol, de quien otras la suponían amante; 2º como productora del alimento del hombre y de los animales; 3º por ser quien recoge en su seno todos los cuerpos y les da nueva organización.

Considerándola como esposa del cielo y bajo el nombre de *Meter*, la dedicó un himno Orfeo en que le da el nombre de madre y nodriza de todas las cosas, madre de los dioses y de los hombres, de los ríos y del mar (1). Á la tierra nutriz, y bajo el nombre de *Ghe* la consagra el himno en que dice: « Nutriz universal, manantial de la vegetación, vírgen fecunda que haces crecer y madurar los frutos, generosa dispensadora de todos los bienes, concédenos abundante cosecha. » Aténas había erigido un templo á *Ghe* nutriz y otro á *Demeter-Chloe*, esto es, á la tierra cubierta de yerba (2). Muchas inscripciones decían: *Terra matri, Deæ mangnæ matri Deum*.

El culto mas reverenciado era el que la tierra recibía bajo el nombre de *Céres Chtonia*, es decir, no terrestre, sino subterránea. Las libaciones que se hacían en honor de esta divinidad tenían que penetrar hasta los cimientos de la tierra. Tenía un templo en Hermione, fundado, según la tradición decía, por una princesa Ctonia, hija del rey Foroneo, hijo de Inaco. Los días festivos se hacía asistir á los niños á la procesion religiosa, coronados de ciertas flores en las que se creía ver señales de luto (3). Es notable que aquella ciudad poseyese un antiguo templo de Ísis en el que se celebraban los misterios de Céres; uno de Baco *Melanægis*, es decir, de la negra egida, y monumentos dedicados á Pluton, al Aqueronte y á Hércules, vencedor del infierno.

En el sagrado bosque de Olimpia había un altar levantado á la tierra, que estaba hecho todo con las cenizas de las víctimas que le habían sido inmoladas (4): lo que nos trae á la memoria la idea de la tierra, depositaria de los cuerpos muertos y creadora de todo lo que es capaz de vida. Tal aparecía á los ojos de los poetas griegos el globo terrestre: un monton

(1) *Hymn.* XXVI.
 (2) *PAUSAN.*, I, 22.
 (3) *Id.*, II, 35.
 (4) *Id.*, V, 14.